

Y ASÍ LAS COSAS

**ACADEMIA NORTEAMERICANA
DE LA LENGUA ESPAÑOLA
(ANLE)**

D. Gerardo Piña-Rosales
Director

D. Jorge I. Covarrubias
Secretario

D. Daniel R. Fernández
Coordinador de Información

D. Joaquín Segura
Censor

D. Emilio Bernal Labrada
Tesorero

D. Eugenio Chang-Rodríguez
Director del Boletín

D. Carlos E. Paldao
Bibliotecario

*

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

P.O. Box 349

New York, NY, 10116

U.S.A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com

Sitio Institucional: www.anle.us

Copyright © por ANLE. Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en un todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea fotoquímico, electrónico, magnético, mecánico, electroóptico, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

M. Ana Diz

Y ASÍ LAS COSAS



Colección Pulso Herido
Academia Norteamericana
de la Lengua Española
2015

Y así las cosas

M. Ana Diz

Colección *Pulso Herido*, N° 4

Nueva York: Editorial Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© M. Ana Diz

© Fotografía de portada Inés Azar

Primera Edición. 2015

ISBN: 978-0-9903455-4-1

Library of Congress Control Number: 2014956419

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

P. O .Box 349

New York, NY, 10116

U. S. A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com

Sitio Institucional: www.anle.us

Fotografía de portada: “Equilibrio” de Inés Azar

Edición y supervisión: Carlos E. Paldao, Gerardo Piña-Rosales

Revisión Editorial: Inés Azar, Stella Maris Colombo, María I. Fleck,

Graciela S. Tomassini

Composición y diagramación: Pluma Alta

Impresión: The Country Press, Lakeville, MA 02347

Pedidos y suscripciones: acadnorteamerica@aol.com

La colección *Pulso Herido* está integrada por obras de naturaleza creativa en materia de narrativa, poesía, drama y ensayo, entre otros géneros, concebidas con calidad académica y orientadas a difundir el pensamiento y la creación en las distintas dimensiones de lo lingüístico, literario, socioeducativo y cultural del mundo hispánico, con el propósito de robustecer su profunda unidad. Las ideas, afirmaciones y opiniones expresadas en sus distintos volúmenes no son necesariamente las de la ANLE, de la Asociación de Academias de la Lengua Española ni de ninguno de sus integrantes. La responsabilidad de las mismas compete a sus autores.

Copyright © 2015 por ANLE. Todos los derechos reservados. Esta publicación no podrá ser reproducida, ni en un todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea fotoquímico, electrónico, magnético, mecánico, electroóptico, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States

Índice

M. Ana Diz nació y creció en Buenos Aires. Emigró a los Estados Unidos a la edad de 23 años. Ejerció la docencia, como profesora de literatura, filología y teoría literaria en varias universidades norteamericanas. La práctica de esa carrera universitaria es el origen de sus libros y ensayos sobre literatura medieval.

Desde el año 2007, se dedica a la poesía y ocasionalmente al ensayo. Sus poemas aparecieron al principio en revistas de poesía, y se reunieron en dos poemarios que preceden el presente volumen: el primero, en inglés, *Long Island Notebook*, de 2009, y el segundo en castellano titulado *Sin cazador, los ciervos* (Barcelona, 2012).

He visto

Cuando se muere un búfalo.....	15
Y te cerré los ojos	17
En ninguna otra parte	19
Afanes	21
Perro oscuro.....	23
Ábrego.....	25
La francesa de Persépolis	27
Aleandría.....	29
En sueño desparejo y blando	31
Veinte chicos tucumanos	33
Pensamiento lineal.....	35
El reino de los muertos	37
Aciagas.....	39
Frágil	41
Recién nacido.....	43
Acróbata.....	45
Batalla naval.....	47
El mismo hilo.....	49
Arrecifes.....	51
Y deseó.....	53
Comienzos.....	55
He visto.....	57

Síncopas

Pentagrama	61
Símil homérico.....	63
Abacadabra	65
Corazones	67

Dentro de la pirámide	69
La friolenta	71
Esperando el mar	73
Hagia Sophía	75
Adorar	77
Intención	79
Los números	81
Más difícil	83
Once comprobaciones	85
Cielo	87
Cumplir	89
Distracción	91
Dinamiteros	93
Escriba	95
Página	97
Milongas	99
En las alturas	101
Sudestada	103
Su primer renglón	105
Amanecer	107
Sentar cabeza	109
Y todo por el brillo	111
Ritmo	113
Juramentos	115
Ancla	117

La realidad

En el silencio	121
El ordenado estilo de la irrealidad	123
Dibujo	125
Acústica	127
Retina	129
Un nomeolvides de cristal	131
Los ojos entreabiertos de la noche	133

En la pared	135
Esmalte.....	137
El tintorero enmascarado	139
Solitario	141
El arte de la fuga.....	143
Contactos	145
Inminencia.....	147
Artista.....	149
Extranjera	151
Sueño	153
Casa con patio	155
Lujos de la pradera	157
La otra	159
El que está siempre por venir	161
Ballet	163
El mismo fingido y pobre hueso.....	165
Su cárcel lo sueña prisionero.....	167
Allí.....	169
Oleandros	171
Y así las cosas.....	173

He visto

Cuando se muere un búfalo

La línea eterna de algún gesto efímero,
el dibujo que cambia
cada vez que lo miro, el ausente
en la carta y el discurso fúnebre,
son lo que somos.

Esos afanes de la memoria y de la lengua,
el perpetuo nombrar
lo que no existe, hacerlo tan visible
como un árbol o un río,
eso es lo que somos.

Cuando se muere un búfalo,
la elegía es esperar en fila cada uno
para lamer el cuerpo frío del hermano.

Y te cerré los ojos

Y te cerré los ojos varias veces
en la penumbra que después
se volvió sombra declarada y quieta.
Tu forma mortal,
la que dejaste aquella tarde,
quedó en vilo, y en vilo anda tu voz
por mis noches opacas y mis días.

En voz alta a veces, ensayo despedidas.
Que tus manos guarden, te digo,
el saber que tenían;
que aliente en tus ojos otra vida
en la que nadie tenga que cerrártelos.

En ninguna otra parte

pero la voz, esos registros
del fervor, la burla o el desgano,
los ritmos del orgullo y los anillos
movedizos que se contraen y se expanden
en el momento impermanente de la risa,
esa voz que ya no oiré en ninguna otra parte,
en todo mi cuerpo permanece intacta,
inalcanzable.

Afanes

Saco la arena de su playa,
deshago los grumos alrededor de la conchilla,
cierno abrojos y guijarros.
La encierro en una copa
de cintura afinada
para verla caer,
y finjo que esa arena adiestrada y ausente
que se despeña lenta
como jinete sin cabeza,
esa arena, que ya no ve ni oye ni te encuentra,
es el tiempo.

Perro oscuro

Sus ojos de hiena tocan lo que amo
pero no me miran.

Famélico resbala
por la vertiginosa galería,
oxida con su aliento las manzanas,
confunde en polvo lo que alguna vez
fue tu historia y la mía.

Ábrego

*M*e fatiga este ardor escarchado
más duro que el frío y más amargo.
Me fatigan las torres y las olas altas,
los días luminosos, las hormigas,
esos volcanes diminutos donde entran
y de donde salen apuradas, con aire
de tener algo que hacer.

Yo no sé dónde hacer pie ni en qué deseo
protegerme de tanta presencia equivocada.
¿Un sueño que trajera tu voz
sin sombra de presagios?
¿Algún agua milagrosa
que me infundiera una quietud de blanco?
¿Y si un viento africano,
con su ramaje de aguas extranjeras,
viniera a arrasarme la memoria,
a perderme las líneas del dibujo
que no me deja respirar?

La francesa de Persépolis

*B*ajo las plumas del sombrero, opacos abalorios
enhebran el cabello recogido en su peineta de espejitos.

La ensimismada francesa de Persépolis
no volvió a pensar en París
ni en otros jardines que los tejidos en el oro de su alfombra.

La garganta enjoyada dejó de custodiar su voz,
y hace mucho que la crema de almendras
olvidó su perfume entre los almohadones.

Pero los ojos, como una piedra última,
todavía me dicen “aquí estoy”.

Alejandría

*A*lgunas tardes cubren azuladas
la línea verde que divide el mapa.
Mountolive, Clea, Balthazar, Justine,
aquellas cuatro advocaciones
de un solo y mismo nombre
alientan en la bruma y oyen
muchedumbre de rumores antiguos,
café, amantes en hoteles, canto
de monedas y vapor de arguiles.
En su memoria les congrega el Nilo
los fervores perdidos.

En sueño lento, desparejo y blando

La catedral se hunde.
Aficionado a precisiones,
el guía calcula centímetros
en años de hundimiento.
Distraen del barro esas cuentas,
marean las columnas
ya no del todo paralelas.

La antigua catedral
va sumiendo sus arcos y pilares
en sueño desparejo y blando,
como se hunden los ojos, las bocas y las voces,
como se sumerge lo que se recuerda,
se olvida y se desea, como
se desvanecen las promesas, los poemas.

Veinte chicos tucumanos

*A*ntes de entrar al museo, leo en el diario que el mes pasado han muerto de desnutrición veinte chicos en Tucumán.

En la primera sala, repaso distraída algunos cuadros. En uno, un chico se besa en el espejo, y en otro, titulado “Pensando en ti”, un muchachito se masturba. Se alejan un poco los veinte tucumanos. Para cuando salgo de allí, ya ha caído aquel titular que pasó por la página trece del periódico, como una palita olvidada en la playa antes de que se la beba el mar o se la coma la niebla.

Ha caído para siempre tu gran taza de té de las mañanas,
el primer árbol de la fila,
y si todavía no cae el último es porque llegó más tarde.
Cae la tarde en el pueblo que hace unas horas
se levantó como una copa luminosa y llena.
Caen los chicos tucumanos.

Hay caídas repentinas,
como una brutal separación que corta
el cuerpo de su base,
y caídas inminentes
que se deslizan interminables y temidas.
Cada una con su color y su perfil. Todas en vilo.

Pensamiento lineal

*S*e vuelve a la ventana,
la calle con su hilera de árboles enfrente.

El más alto y primero de la fila
se irá antes,
y cada uno de los otros
será también primero,
y esperará como ahora ella
su turno, haciéndose a la idea
de una ventana sin su calle,
y sin sus árboles enfrente.

El reino de los muertos

Los antiguos mexicas lo llamaban Mictlán,
en el más bajo de los planos de inframundo.

Allí los muertos
llevan ojos ya absueltos de mirar,
lavados del terror que un día
les vació la boca. Los huecos
aprietan la sustancia última,
su jugo negro.

Aciagas

*Contaron que los caballos habían sido heridos
de terror y de ceguera, y los jinetes de locura.
Zacarías 12, 2*

*La tarde egipcia y abismada
no recuerda plagas, tinieblas
ni columnas de fuego o de ceniza.
Tampoco vio nunca caballos
heridos de terror o de ceguera,
pero sabe que sus aciagas hebras
de rosas y naranjas excesivos
son los heraldos de Vallejo,
que declaran el tránsito
y arrastran lentos el cuerpo de la luz
hacia su noche.*

Frágil

Detrás de ese diamante
respira una hoja tierna
que aún nadie endureció con ideales,
ni verdad ni experiencia.
Insegura y muy firme se encarama
con terquedad de planta trepadora,
como un recién nacido.
Los filos y tormentas la derriban
una y otra vez,
pero resiste frágil, se levanta.

Y así con otras cosas.
Más perdurable resultó la arcilla
de las ánforas griegas,
donde pintaba el alfarero
sus mitos y tragedias,
que el bronce o los metales,
expuestos a pillaje y fundiciones.

Recién nacido

*E*l recién nacido que llora
con su primer aliento
no sabe todavía
que le han adjudicado
la prohibición y la mirada fija,
balanzas falsas y crujir de dientes,
las tardes locas de jazmines
y la cuchara negra.
Pero ya sabe de exilio.

Acróbata

Mirando *The Acrobat*,
de Willem de Kooning

*M*e mira de frente, sentado en su silla de paja,
descolorido fuera de su cuerda,
con los brazos muy anchos y las piernas delgadas.

No sé si oírás aquel *divertimento*,
si pensará en aquel hilo invisible
donde posaba los pies, como bailando.

Lo miro yo también, con algo del equilibrista,
del saltimbanqui o del titiritero
que gastó casi todos los trucos de su bolsa.

Nos miramos él y yo, los dos un poco pálidos,
algo desmayados y capitulando,
ya presintiendo la pared limpia de sombras.

Batalla naval

*E*l miedo infecta el mar con sus naves de guerra.
El jugador entretiene la espera,
se esconde, ataca,
marca con cruces de multiplicar
los barcos que se hundieron,
tiene presentimientos y corazonadas,
a veces adivina el blanco.
Hasta que ya no sabe por qué va
ni cómo vuelve, ni de dónde.

Lava después el mar la flota,
le borra cruces y fronteras.
Aquellas naves,
las cruzadas y las que se salvaron,
guardan por un momento
sus formas e intenciones,
pero son hielos partidos, y ceden
al agua que, como en hebreo,
es siempre plural.

El mismo hilo

*E*sta mañana finge que camina
derecho, pero devanea,
se arrolla en su madeja, cruza una
y otra vez las calles, y en cada esquina
encuentra el mismo nombre.

Le anuda la garganta un collar ralo,
pasa el día, pasa la hora aciaga
y no deja de pasar, pasan
zapatos amarillos,
un silbido solo, pasa un recuerdo
que sin querer robó
y ya no se distingue de los propios,
vuelve a pasar la hora incomprensible,
la luz abovedada y muda.

Arrecifes

Oyendo *Atlantis*,
de Henry Cowell

*P*or lianas vertiginosas
alzan la voz contraltos y sopranos.
Desatan ritmos duros, escalan las alturas,
se desmoronan en abismos mudos.

Alaridos, fognazos, gemidos perentorios
y lamentos más largos
bordean arrecifes de amenazantes disonancias.

Ansias sordas, doradas, vuelan ciegas,
muerden los ojos del que no los cierra,
te encuentran cada vez aunque te escondas
en los zarzales o en algún hueco de la vida.

Y deseó

*R*ebuzne el león y ruja el asno,
y el buey pronuncie aforismos muy sabios.

Cierre los ojos la lechuza y nadie pida cuentas.

Contemple el ciego el muro y piense que es un cielo.
Me hable el elefante.

Comienzos

... y mi primera voz fue el llanto.
Sabiduría 7: 3

*E*n tercos balbuceos, cuando niña,
duplicaba unas sílabas en alturas diversas
por el placer de oír cómo salían del tambor de mi boca.
La mano intermitente
cortaba en los labios el aliento y lo ovalaba
para llamar a guerras en el patio.

También aprendí el arte dramático
de los murmullos y los alaridos,
el del *crescendo* que se levanta como una serpiente,
y las maestrías del silencio.
Pero yo sé que la primera voz fue el llanto,
y puño cerrado la primera mano.

He visto

*H*e visto ladrones temblorosos
escalar ventanas,
huecos donde nadie mete la mano,
cubiles donde el miedo promete cualquier cosa,
y he visto siempre lleno el mar.

También he caminado por calles sosegadas,
que se juntan naturalmente con el cielo
y lo encuentran redondo.

Síncopas

Pentagrama

*H*abitan cifras en el pentagrama
de calibre diverso:
constantes, impacientes, solas
o en íntimas parejas.

El ojo mesurado de las blancas,
o una redonda todavía más lenta,
dan certeras la última puntada.

Un racimo apretado de fusas corredoras
o de vertiginosas semifusas
encuentra alguna negra sosegada,
o parejas de íntimas corcheas.

En la avenida de sus cinco líneas
van tramando entre todas
la frase más precisa y la más libre.

Símil homérico

Como el cabello
que el peluquero sujeta y va soltando
en línea recta y después en diagonales,

como las páginas de un libro
que hago volar
midiendo mentalmente tiempo y ganas,

así las horas, los días, las semanas
y los años, mientras el perro
se duerme en la escalera.

Abracadabra

¡Arriba, príncipes, a engrasar el escudo!
Isaías 21: 5

¿Y qué hacer
cuando llega a destiempo
lo que quisimos tanto,
o cuando invade la fatiga,
ese desgano universal,
la tendencia a morirse
que se apodera de las piernas,
que atiesa la cintura y la cabeza?

¿Con qué aceites engrasar el escudo?
¿A qué abracadabra recurrir,
a qué triángulo que corte
la última letra en cada línea,
la adelgace
hasta el primer aliento, obre,
me traiga una corazonada, algún deseo
de abrir de par en par esa ventana?

Corazones

*C*uento tres:

el corazón discreto del portero
que se deshace en cortesías,
pensando en la propina y en su camisa blanca;

el olvidado aliento
de la ballena encallada, la boca
abierta al cielo y los dientes inútiles;

y el de la risa que se tapa la cara
con las manos, se escurre por las piernas,
se olvida de quién es.

Dentro de la pirámide

*E*n tramos estrechos entre arco y arco
alguna que otra magra luz
perfila la figura de un hombre,
la fuga de un ratón,
o un murciélago que duerme
estampado en el muro.

Este pasillo más que estrecho
es apenas una raya cavada
en la maciza fábrica de piedra
y tierra negra. Oigo zumbiar
los ecos líquidos del miedo.
Tengo sed.

La friolenta

Pensando en *La frileuse*,
de Jean-Antoine Houdon

*T*odo el año es invierno y tiene frío
pero se cubre apenas con un manto
la cabeza y los hombros.

Cultiva lo que sabe bien, vuela apartada.
Si alguien le ofreciera las nueve cúpulas del cielo,
querría más o pediría otra cosa.

Se mira la cara en el filo del cuchillo
que ya no corta el pan. No la saciarás
aunque abras el cuerno luminoso de tus bienes.

Lleva dormida en la garganta un hambre ronca de pedir.

Esperando el mar

Se ensancha el gris y se abre apenas
desparejo el cielo, pero el mar
anda escondido todavía.

Pasan dos barcos. Casi ven los ojos
esa plata lechosa
con la que a veces se aparece.

En un hilo de puntos aliviando el plomo,
adivino la espuma casi lila de las olas.

Pero la luz no quiere todavía
definir las cosas. Yo me pregunto
si lo que viene ahora es un rosado.

Espero un largo rato antes de verlo avanzar
resuelto hacia la playa. Puro fulgor blanco.

Hagia Sophía

*P*or arcos y columnas se desplaza
el ocre techo abovedado.
Del tambor de la cúpula
ningún dios mira el oro, el pórvido o la plata.

Hace siglos se apagaron los pasos
de aquellos feroces, fervientes cardenales
que entre cantos y humos perfumados
entraban por las puertas de mármol
a sus concilios de Constantinopla.

Pero sigue juntando pulgar con anular
el Cristo Pantocrátor, que mira como un rayo
listo a partir en dos a quien no acepte
el ofertorio de su paz.

Adorar

*Aprended de los lirios del campo, cómo crecen;
no se fatigan ni hilan. Pues yo os digo que ni
Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos.*
Mateo 6: 28

De oro pintan el hierro de verjas y balcones,
los pliegues y los cuerpos adorados
en las catedrales.

Guardan su tesoro los pobres
en casa del Señor,
pagan de buena voluntad
el órgano que les haga temblar
los corazones.

Van a dorar, a mantener el oro
para aquel que en la luz de la mañana
miraba crecer lirios en el campo,
temblorosos de brisas, y vestidos
como nunca pudo en toda su gloria Salomón.

Intención

*U*na intención borrosa se insinúa
como un secreto
que de repente da un suspiro,
como una fiel corazonada
que todavía no encontró su pecho.
Asoma un poco más,
se yergue, se resuelve.

Los números

Los nombres se te embrollan y las cosas,
y se han ido apagando
casi todas las luces de tu casa.

En el vacío caes sin cesar
y sin lápiz para marcar los metros
que se deslizan sin tocarte.
Entretienes el vértigo contando
pero los números te fallan.

A tropezones y pisando en falso
llegas hasta el dos mil. “¿Y qué hago
ahora yo con esto?” dices,
mirando consternada la maraña
de los que ya contaste.
Cómo iba yo a contarte nada.

Más difícil

*H*as dispensado ya de la sintaxis,
has dejado atrás el verbo, resides
en el reino absoluto y sin tiempo de los nombres.

Como mano muy dura
pesa tu ausencia en mí.

Pero más dura es tu presencia.

Once comprobaciones

1. La vida me va comiendo como el gusano tus párpados.
2. Hacer un hueco en la tierra es más natural que amontonarla.
3. Comido por la carcoma, el barco pesa más.
4. Como la memoria, el poema preserva la escena y la remplaza.
5. La pena lleva su nombre todavía.
6. La libertad tiene a veces el impulso de las olas o del viento; otras, la forma de la cárcel.
7. Esta tormenta bramando en la tetera no difiere de esa que hace retumbar las puertas del cielo.
8. Como el aire, el mar, el ardiente desierto o los glaciares, el olor exige integridad. No puede parcelarse.
9. La cámara de fotografías registra los fantasmas.
10. Es frágil el deseo: no habla y no se habla. Puede voltearlo una rosa estentórea.
11. Lo indecible no responde a leyes ni medidas. Lo indecible no responde.

Cielo

*A*nchas estrías, dobleces de frazada
irregulares
arropan a quién,
que se niega a despertar allá arriba.

Y yo sin colcha.

Cumplir

Con fe entera de albigense
cumpló con mi trabajo,
me abrocho el abrigo en el invierno,
atiendo la casa, las cuentas y el teléfono,
me tomo la casi cotidiana
cucharada de pánico,
de cuando en cuando cumpló años.

A veces, las horas, diría Job,
transcurren más veloces que un correo.
Querría que así fuese
todos los días del año,
sin herida que lamer ni agua salada.

Distracción

¿*D*ónde habré puesto aquel rencor añejo,
embotellado en su lugar de origen,
mi tesoro escondido?

Dinamiteros

*R*azón nombramos muchas veces
a las comunes operaciones del engaño,
al corredor por donde aúllan
ráfagas de jaurías furibundas
que quieren ganar a toda costa,
cultivan la religión del yo primero
y siguen la ley del empujarás a los que caen.

De cuando en cuando vienen a limpiar
el aire,
instantáneos, los dinamiteros.

Escriba

Pensando en Ganesh, patrono de escribas,
mercaderes y poetas

Sé andar derecho por la criba del renglón, atento a la letra, entreteyendo alguna sombra de significados.

Conozco la impaciencia. Recuerdo a veces lo que no conocí, como el calor del hogar completo, el ardor incontenente de la guerra, o su aterido frío, y también olvido lo que sé de inanes tempestades.

De a ratos los ojos se me gastan. Siento un brillo húmedo y todo está nublado. Cuando regresan los ojos al papel, lo ven todo más claro. Y cuando no ven bien, interpreto, intercalo algo que habré leído en alguna otra parte, y trato cuanto puedo de hacer invisibles esas pequeñas intrusiones en el texto que copio.

Me gusta contar los renglones que he llenado, y también las páginas. Los números son firmes y confiables. Me gustan sobre todo el papel y la tinta, aunque sepa que dos o tres palabras pronunciadas en el momento justo valen más que los millares de letras que he copiado en mi vida. Jesús tiende puentes con los que vinieron antes cuando invoca sus palabras. “Como está escrito,” dice muchas veces, pero él nunca escribe. En este mismo instante, estoy copiando de mi aliento lo que digo, a pesar de saber que a letra y voz se las lleva, más tarde o más temprano, el mismo viento.

Página

*M*e tira de la manga, insiste.
Quiere saber de qué tratan
esas intimidades
que acaban de confiarle.

Milongas

*S*e pliegan, exhalan los fuelles
sus milongas,
bordando estrafalarios firuletes.

Un rumor perfectísimo de piernas
recorre el patio con higuera.
De a dos forman sus números
en el espacio de la luz,
y en contraseñas íntimas
figuran sus caprichos en el centro.

Para estirar la noche
trabajan cinturas y caderas.
Y los compases van combando el tiempo.

En las alturas

Camino a Teotihuacán

“*H*umilló a poderosos
y elevó a los humildes,” canta el salmo.
Y así sin duda es a veces.

Habitan las laderas de los cerros
los pobres de los pobres.
Los que llegan más tarde
plantan sus casas de cartón con barro
en la última hilera y la más alta.
Bajan al llano cada día
a buscar agua. Con sudor
bendecido la llevan allá arriba.

Sudestada

Vientos del sudeste golpean
a todas las puertas, deshacen
el plomo de las nubes,
alimentan el agua de pájaros negros.

Se va hinchando el río,
láminas diagonales y feroces
borran esquinas por la costa.

En octubre, a pura fe o puro olvido,
hombres y mujeres alzarán sus cartones
y sus techos de zinc a tres pasos del agua,
para la sudestada del invierno que viene.

Su primer renglón

*L*etra por letra avanza cuidadoso
de que no vuelen ni se hundan bajo la línea recta.

Aprendiz de equilibrista, puro vilo atento,
sin espalda ni pecho, todo el cuerpo
concentrado en los dedos de la primera vez.

Amanecer

*E*l balcón, desvelado como yo.
Violeta y plomo el cielo.
Un hombre disfrazado de oficina
camina sin apuro.
Farfullan no sé qué unas nubes.

En las ventanas se resuelve el rosa
en sospecha liviana de dorados.
Como una tienda se despliega el cielo
con su mirar azul y ocioso.

Y yo ya me pregunto,
víspera de qué será esa tienda.

Sentar cabeza

Como se dice en castellano,
he sentado cabeza.

Le quité su sombrero estrafalario
y vi un candado de Vallejo
ahogándose de llaves,
un alcornoque solo y un desfile
de razonamientos, algunos trapos
desteñidos pretendiendo ser flores,
monaguillos perdiéndose en el ojo
de una aguja, y mucha prolija
pantomima. Salí despavorida.

Pero quedó de recuerdo sentada
la cabeza,
como la escoba que una vez fue rama.

Y todo por el brillo

Las campanas anuncian la misa y los cacharros. Ni cambistas ni vendedores de palomas en el atrio, pero las gentes prosiguen repitiendo costumbres milenarias. Detrás de la catedral, espera la gran arca mercante en diluvios de plástico, pistolas y manteles, fundas de lavarropas, muñecos de peluche, sweaters de falso chenille cuya aspereza se toca con los ojos, ametralladoras amarillas y rojas, cajas de CDs rosas, azules y violetas.

Por abalorios coloridos dicen que rindieron los indios su metal y su vida al español. Por gelatina multicolor entregan hoy el metálico duramente ganado al plástico americano o de la China. Y todo por el brillo.

Ritmo

*E*n la mesa los dedos tararean,
oyen el ritmo, entienden
la gracia de sus números,
la variada y simétrica igualdad,
y el desafío,
ese ensancharse o replegarse
del aliento para abrazar más cifras,
o muchas menos en el mismo tiempo.

Juramentos

Que se me caigan las dos manos,
que se duerman los ojos
y para siempre quede con los pies
desorientados,
que no pueda olvidarme ni un instante
de mí misma.

Ancla

Un ancla en este mar no busca el marinero,
lleva en los ojos una noche sola,
viento, sal y resplandor temprano.

Mira las montañas pero no puede con la tierra,
lo marea. Sus fintas de firmeza dan ideas, invitan
a rodearla de trincheras y a firmar “esto es mío”.

Un mar azul abraza el marinero, y nubes
donde plomo solo sea un rumor del celeste
y la penumbra tenga el color de la paloma.

Mar explayado abraza el barco
que el hierro no sujete, y un viento venga
que le cante sus misterios ligeros.

La realidad

En el silencio

¿Somos engaño de la luz,
o boca, ojos y piel responden a escalas y medidas?

¿Qué preciso silbato
sacó a la historia de su andén?

¿De dónde se desliza ese fulgor
que dibuja en la pared mi sombra?

¿Es de verdad la noche, o es obra
de algún ángel que se coló del sueño?

El ordenado estilo de la irrealidad

*E*l escultor corintio aquieta cardos para adornar su capitel y el pintor de escenarios pone cielos prolijos con sus nubes de ópera o sus lunas muy quietas.

Pero esta que tejemos es apenas una manta de alpaca de retazos diversos, que cada uno remienda como puede. Al que quiere su historia con principio, medio y fin no le es fácil aceptar que entre el primer y último aliento corren mareadas seguidillas de sorde-
ras, aciertos y casualidades.

Con orden deseamos desde lejos y ordenado también es el futuro, esa invención que algunos llaman “sueño”. Pero los sueños verdaderos, esos teatros del dormir, se entreveran más por necesidad que por capricho, reales, enigmáticos, igual que los remiendos de la alpaca.

Dibujo

A ciegas voy tanteando a veces
preguntándome
a qué pierna pertenece la curva,
o a qué accidente,
a qué cara esos ojos que de a ratos
miran fijo, qué casa,
qué chimenea con su humo
formarán estas líneas, si son guiones,
si esta pared será
con diferente nombre
la misma que tantas veces topó
con mi cabeza,
si estaré yendo o volviendo, y adónde
y de qué parte, y cuánto costará
este paso que doy como si nada,
distráida.

Acústica

Cuando aprieta la pena y tambalea
hasta quebrarse en la plegaria,
nadie oye.

Pero allí, si entre dos estelas
formando ángulo recto
puedes batir las palmas,
responde con su canto el quetzal.

Retina

La porcelana se ha rajado
en mil derrames,
es una seda adelgazada al punto
de que cualquier leve estirón
podría cortarla,
como sucede
con cierta fragilidad de la retina
acribillada por los años
que viene a revelarme
la sustancia indecisa de las cosas.

Un nomeolvides de cristal

Los ojos se me abren
a un mundo dúctil y ondulante,
como el cimbrar del cuerpo
cuando ha llevado un peso superior a sus fuerzas.

Un nomeolvides de cristal,
un pañuelo de agua
mediador,
hace fluir las listas de ventanas,
quiebra las verticales y las frunce,
me acobarda los pasos,
vuelve inseguros los adoquines y las nubes.

Cuando este panorama acuoso sea
completamente mío,
yo también andaré como flotando.

Los ojos entreabiertos de la noche

*Al fin una cosa existe solo en virtud de sus
fronteras, es decir, gracias a un acto más o
menos hostil contra su entorno.*

Musil

La luz cierra, divorcia al ángel
y al panadero blanco,
al colchón de los sueños y al del río.
Despierta en el predador los jugos,
invita a poner orden,
a despejar el tiempo, barrerle sus escombros,
o a distraerse en esas formas
aparentes del mismo impulso ciego.

Pero en la oscuridad,
los ojos entreabiertos de la noche
se desplazan confiados entre sombras,
celebrando conjunciones felices.

En la pared

¿Serán matices de lo opaco
esas espigas de amaranto
que se asoman en la pared desnuda?

Yo solo veo una maraña de escarabajos rotos,
una espuma que se escapó del agua,
la huella digital
de algún gallo que escarbó equivocado.

Con el índice trato de entenderlas
pero en la luz gastada, estas marcas
congregadas por la humedad y el tiempo
son un pantano vivo que ya no dice nada.

Esmalte

A veces la mano le dice al ojo
lo que tiene que ver.
Pueden también llevarlo
la voluntad o la memoria,
esos chalecos que me pongo a veces
para aquietar
animales ariscos en el pecho.

El ala del sombrero,
la curva algo obediente de la espalda,
me hacen mirar a la que va adelante.
No, no es ella,
pero el aura de mi error más que breve
la cubre con su esmalte, la distingue
de todas las otras figuras
de la calle, como ángel protector.

El tintorero enmascarado

Cada mañana el tintorero se dibuja el bigote con arte y tinta china, seguro de que nadie advertirá la diferencia. Pasa de su casa al negocio y lo saludan pantalones filosos y pechos almidonados. De inmediato levanta la cortina metálica para avisar que son las siete en punto.

Mira la boleta, hace girar las perchas, y con el gancho de su vara, levanta del desfile circular las piernas impecables de su primer cliente. Es soberbia la satisfacción que experimenta: precisión, simplicidad y economía. Si alguna mañana levantara el pantalón equivocado, el sudor le borronearía el bigote y acaso perdería también la vehemente cortesía con la que despide a sus vecinos.

Solitario

*N*o tolero el vacío, me da vértigo.
Solía entretenerlo
filosofando a todo trapo,
o venía a socorrerme algún recuerdo
que arrastraba su hilera
de hermanos, amigos y parientes.

Ahora lo figuro ordenado y de colores.
No lo ablanda la humedad ni lo aja
el continuo negocio de las manos.
La reina de baraja,
el caballero de las picas,
los números del corazón,
del trébol o el diamante
se deslizan fáciles hasta el clic
que dice que han llegado sin sudor
a su destino exacto en la pantalla.
Por un aro sedoso van pasando
virtualmente las horas,
inmóviles.

El arte de la fuga

*A*lto como un bosque, el fuego
cornea hojas y ramas allá arriba,
prende las madrigueras ciegas
de topos y gamuzas asustadas,
planta su tienda en la cabeza, pulsa
intermitente y acelera
el ritmo de la sangre,
que cree que es un batán
y tiene que moler el grano
interminable y duro de esta tarde.

Se aquieta al fin, me duermo.
El claro despeja las gamuzas y el barullo
del calor y del humo.
En ese lago bebe el caballo volador,
experto en el arte de la fuga.

Contactos

Duermevela

*E*ncandilada
entrecierra los ojos
y me mira de lejos
en la avenida de edificios blancos.
El rosa viejo del vestido
un poco abullonado por el viento
es la única nota de color.
¿A quién espera? ¿Qué presagio
me trae o qué memorias?
¿Será miedo lo que le late
debajo de los párpados?
¿Por qué no llega nunca?
¿En la tangente de qué mundos
se produce el contacto?

Alcanfor

Si hubiera obrado la memoria,
habría sentido, por ejemplo,
un olor de eucaliptos,
o de un dulce quemado
a eso de las cuatro de la tarde.

Pero esa sombra de alcanfor
que me trajo el aire, ¿de qué universos
se coló en mi cuarto, de qué maderas?

En Siberia

Encuentro en el periódico mi fotografía, la frente ancha, la línea del cabello, el bulto de los párpados.

Llevo abrigo de zorro y poso con el huskie siberiano que nunca conocí. Tendré unos treinta años. No pregunto nada.

Inminencia

*E*n un abismo de arabescos,
me araña un telegrama que ha llegado
en blanco.

El olor dulce de las tardes,
el scherzo arrebatado de Chopin,
pegado al muchachito rubio
de quince años eternos,
un tren partiendo con trabajo de su andén,
son fantasmas estables,
carga que el barco arrastra, asegurada
por cables bien trenzados.

Pero este que se anuncia y no acaba
de llegar no tiene forma y viene solo.
Aquieto la cabeza,
no quiero trastornar este momento
que acaso me traerá el regalo
de la memoria más oculta
o algún entendimiento del mañana.
Prudente como el ciego
que busca el muro con las manos,
los brazos se me cansan de tantear.

Si este fantasma que se anuncia blanco
por fin apareciera,

ganaría peso y perdería su fuerza,
se me haría narrable.
Afinó entonces el deseo:
ahora solo quiero que se anuncie
pero que nunca llegue.

Artista

Confisca algo de la realidad, lo sustrae
de la línea infinita, a veces cree
que existe la distancia.

Falsifica la luz, separa y junta
perfilando,
dispone, manipula, negocia claroscuros,
imprime vida a lo que antes del ojo
era un objeto inanimado.

Acepta las rebeldías del barro
o las para en seco,
las trabaja y a veces las persuade.
Entretanto la arcilla va educándolo,
lo alienta, lo acompaña.

Extranjera

Sin adversativas,
lista para el acuerdo razonable
y la oportuna exclamación, cultiva
la superficie bien pulida
de todo perfume o disonancia.
Con números pares
borda cada punto
en la inexistente medianía de las estadísticas.
Corta en el paño su figura
con las tijeras de su largo y minucioso empeño.

Sueño

Llego a casa y los encuentro en la sala conversando. No pregunto ni cómo han entrado ni de dónde ha salido ese París de Hopper colgado en la pared, los techos de pizarra, la botella de vino en la mesa gastada del bistró.

Acepto cosas que no entiendo, con esa discreción del extranjero que no conoce las costumbres.

Casa con patio

*P*rologada por la copa perfecta
de un árbol de camelias,
la casa se repliega en su patio.

Un día alguien afirmó en el árbol
la polea. Flamean en la cuerda
íntimos linos y algodones.
Brillan los limones al sol,
se mecen rubios los papiros.
Como perro de una escena holandesa,
la higuera fiel custodia
su chimenea de antigua piedra gris.

La casa termina y empieza
en la cocina.
En la madera de la mesa hay surcos
como ríos, por donde pasan
los ruidos y los jugos de la vida,
contentos, resignados, repetidos.
En ese mapa todo cabe,
la cuchara negra, el triunfante
tenedor, el reproche,
la confesión y el pan casero,
el aburrimiento, la mentira.

Lujos de la pradera

*L*as cebras más pequeñas,
con sus listas todavía marrones,

el nido en vilo sobre la punta inverosímil
de una rama desnuda,

los búfalos,
sus coronas de cuernos florecidos
en el sueño de algún Gaudí africano,

y el atardecer, ancho como un mar.

Cuando primero veo esos pájaros
esperando en las ramas,
sus perfiles inmóviles
y más que negros contra el gris,
me sacude un terror mudo.

Miro después esa pradera,
las ramas de la acacia recostadas
en el cielo apaisado. Y los pájaros negros
se me vuelven alas
hermosas como una bendición.

La otra

*P*roclamando buenas fortunas
y una universal satisfacción de sí misma,
la otra que soy yo me da vergüenza.

Esa manera altiva de su andar,
ese paso que se finge resuelto
es puro miedo del trapecio.

El que está siempre por venir

*S*i se descuidara, la luna gastada del espejo
le traería la imagen
del que está siempre por venir.

Por esa frente despejada, una sustancia
tramposa de algo que no acierta a nombrar
se desliza con la velocidad de una sospecha.

Acaso el que está siempre por venir
no sea sino la otra cara de ella misma.

Ballet

*P*ara evitar esa rompiente
hay que internarse un poco más.

Ahí detrás no tienes pies ni manos,
gesticula tu cuerpo sus historias,
ninguna de ellas distraída
por detalles contables que adulteren
los pasos varios del sentir.

La incesante montaña traslúcida
te levanta, suave y turquesa,
hasta volverte entera y una con el agua.

El mismo fingido y pobre hueso

Siguiendo a Rumi

Sabe casi todo
pero adentro y afuera
los confabuladores siembran
baúles y escaleras, marean
con preguntas inanes y torres orientales
lo que está a plena vista.

Tantas vueltas da uno, tantas vueltas,
tantos años royendo el mismo hueso,
tratando de entender y desgastando
los relojes en cosas apenas suficientes
para llenar tres líneas o una mano.
Con todos los sentidos más de cinco
muchas horas escruta e investiga
lo que perfectamente ve y entiende.

No sabe bien cómo es que llega
el día en que comprueba que ha vivido
buscando lo que tiene, recordando
lo que nunca le ocurrió, tercamente
desamparado,
llamando a la puerta desde adentro.

Su cárcel lo sueña prisionero

*L*e tiembla la memoria
y el mar le corona de escamas la cabeza.

Una inminencia, un pasado
remoto a punto de llegar,
va enredándose con algo que viene
del futuro, una cara
que jamás ha ocurrido,
como una flor violeta de amarillo
corazón, con sombrero de ala ancha,
desconocida, inconfundible.

Intenta liberarse del temblor,
pero la espera le inventa una cárcel
y la cárcel lo sueña prisionero.

Allí

*A*llí no hubo
imperio azteca o español
que dejara sus fábricas de piedra.
Desnuda hasta de árboles,
la tierra es un mar quieto, olvidada
de colinas y cerros,
es un cielo marrón
donde se pierden infaliblemente
los cuatro puntos cardinales.

Llanura sola,
sin tesoro escondido
ni otra nobleza que su anchura.
Irremediabilmente al sur de todo.

Oleandros

Las campanas del monasterio
repican un himno de la infancia.
Casi blanco en el cerro
se recuesta el sol, y los muros
reciben lentamente
el frescor umbroso de la noche.
Frente al mar se levantan los oleandros.

Sentir qué
sino el poder de lo que está,
lo que obra en mí y no veo,
este atardecer
que acaso ya no exista,
o que durará lo que quiera durar
aunque yo deje de mirarlo,
ese manojo de Circes acróbatas
que se reflejan en el agua ausente.

Y así las cosas

la figura de espaldas
que ahora ceniza que ahora nada

el perfil prendiendo incendios
que no sabían siquiera que eran fuego

la mano sola
el solo brazo abierto

una curva apenas pronunciada
que ahora ceniza que ahora todo y nada

Este primer número de la *Colección Pulso Herido* de las Ediciones
de la Academia Norteamericana de la Lengua Española
acabose de imprimir el día 29 de abril de 2015,
festividad de Santa Catalina de Siena,
en los talleres The Country Press,
Massachusetts,
Estados Unidos de América